

DISCURSO ORADOR DE ORDEN

EMILIO ANTELO, PRESIDENTE CAJA CARACAS – CASA DE BOLSA

Excelentísimas autoridades

Estimados profesores y demás miembros de la comunidad IESA

Queridos Graduandos

Familiares y amigos

Quiero agradecer a mis colegas del Consejo Directivo por permitirme el regreso a este podio en el que hace 14 años tuve el honor de dar las palabras en nombre de mis compañeros que estaban sentados donde están ustedes ahora.

Corría el año 2003 y el acto tuvo que postergarse en virtud de la “crisis política y económica reinante en el país”. Para nosotros, la situación de entonces era agobiante: sembraba muchas dudas en torno al futuro de Venezuela, y en consecuencia al nuestro. Han pasado casi tres lustros, la realidad ha seguido su curso y las dudas lejos de disiparse se afirman. Al punto de que con toda seguridad son compartidas por ustedes, queridos graduandos, el día de hoy.

La duda surge cuando se advierte el camino empedrado de incertidumbre. Sobre la duda, dijo Sir Francis Bacon, filósofo y estadista británico, que “si uno comienza con certezas, terminará con dudas; más si se acepta empezar con dudas, llegará a terminar con certezas”.

Alineado con ese pensamiento, a lo largo de todo este tiempo he aprendido que las crisis hacen que nuestra visión hacia el futuro sea borrosa, pues el apremio del ahora conspira contra nuestra visión del mañana.

Por aquellos días, ante la contingencia, nos preguntábamos qué haríamos con nuestras vidas, qué sería de nuestro futuro y el de nuestras familias. Sin embargo teníamos confianza en las herramientas con las que contábamos, estábamos seguros -y el tiempo lo avaló-, que el IESA nos había dotado de una herramienta tangible: la de una formación académica de primer mundo que nos abriría múltiples oportunidades en cualquier campo, y que paralelamente nos había ayudado a sustentar una base ética que garantizaría que nuestras acciones, emprendimientos y esfuerzo, trascendería en el tiempo.

Y no nos equivocamos. En medio de las dificultades, la vasta mayoría de mis compañeros cimentó trayectorias francamente notables en el campo profesional, destacando el área

financiera, tecnológica, aseguradora, entre muchas otras, pues, como decía otro caballero inglés, Thomas Carlyle, “para disipar la duda, cualquiera que sea, se necesita una acción”.

Los venezolanos nos caracterizamos por nuestra **resiliencia**, palabra muy en boga estos días, que es la capacidad que tiene la persona de superar circunstancias traumáticas. Pero esa capacidad se manifiesta de dos maneras muy diferentes; una, muy peligrosa, que se puede simplificar como el proceso de adaptación a lo malo. La persona toma las cosas como llegan, modifica su conducta, y acepta lo negativo como una nueva realidad, como la única posible hasta darla por buena; la otra, en sentido contrario, lo activa ante lo tóxico y perjudicial y lo lleva a buscar soluciones inteligentes.

Las competencias que nos llevamos de acá pueden hacernos muy duchos en la toma de decisiones en un entorno adverso, sobre la marcha y sin perder foco. Nos impulsan a innovar, a trabajar en equipo, a generar acciones que revierten lo contraproducente.

Por otra parte, y no es un consuelo, los escenarios hostiles nos enseñan. No existe cura sin enfermedad. Sin tormenta no hay aprendizaje. El Homo Sapiens, la especie originaria de los seres humanos actuales, tiene 200.000 años bregando contra todo tipo de adversidades. Y en su mutación y adecuación ha sobrevivido gracias a aquellos que, pensando en la especie, miraron un poco más allá.

Esta es la actitud que nos convierte en líderes. ¿Qué tenemos a favor de entrada? Lo único constante: el cambio. No hay fórmulas fijas. Todo está en permanente transformación. Y de esto nos dio constancia Heráclito hace 2500 años.

Nuestro éxito y trascendencia en la vida depende de la actitud con que enfrentemos los contratiempos. Podemos flotar inertes, podemos sobrevivir, como los extremófilos, esos organismos que sobreviven en situaciones terribles, donde la vida es un suplicio, o ser actores, catalizadores de beneficios y agentes del futuro.

Esta es una escuela diseñada para ese propósito. Y hoy, compañeros, ustedes cierran una etapa de su vida. Una etapa en la que han sido formados y han recibido preciadas herramientas. Y ahora deben comenzar otra donde hacen realidad sus aspiraciones, con la responsabilidad de construir un mundo mejor.

Somos, querámoslo o no, parte de un nuevo conglomerado, una élite en construcción, que tiene la tarea de enrumbar un destino colectivo: el de nuestro país.

No tengamos miedo a esa palabra. Obviamente no somos el tipo de élite que alcanza posiciones prestablecidas o por derecho divino, ¡no! Al contrario, alcanzamos posiciones por mérito propio, por visión, esfuerzo y dedicación. Por el talento que podamos demostrar en un área y por preparación. Por capacidad de liderazgo y responsabilidad.

Hace 14 años decía en este mismo podio que los líderes no debían mirarse el ombligo, que no podían formarse para ser simples maximizadores de beneficios económicos. Que debían interactuar con la comunidad y hacer mejor su entorno. Entonces no teníamos la experiencia con la que cuentan hoy ustedes. Todos estos años nos han permitido hacer un balance, doloroso pero esperanzador.

Estimados, luchen. Traten, insistan, persigan sus sueños. Nash decía que “las probabilidades de éxito, aumentan en cada nuevo intento...”

En 30 años de vida profesional he aprendido varias cosas que quiero compartir con ustedes:

A nivel macro, la empresa privada y la democracia son los únicos modelos que permiten generar crecimiento y beneficios a los ciudadanos. La empresa privada construye la riqueza que disfrutamos todos. La democracia permite debatir y decidir entre todos el camino a seguir. Sin fueros ni privilegios, como decía el gran historiador Rafael María Baralt.

Estos modelos son blancos constantes de las ideologías autoritarias. Ante esto debemos emprender, llevar adelante empresas que generen empleo y fomentar instituciones; participar activamente a nivel gremial y defender el Estado de derecho como el corpus más civilizado para dirimir nuestras diferencias.

Los líderes deben ser socialmente responsables. No existe el éxito para ningún individuo o institución aislado del entorno. Por ello nuestros beneficios deben permear a la sociedad y permitir que sea productiva. Deslastrémonos del delirio de que somos un país rico. Un país rico es un país educado, responsable, con horizonte colectivo. Consciente de que respeto es no hacer al semejante lo que no queremos que nos hagan a nosotros.

Crecimos oyendo que la familia es el núcleo principal de la sociedad, pero su ausencia o desmembramiento ha generado una crisis de valores muy profunda. Quizás el reto más difícil que enfrentamos. Nuestra familia es base y sostén de nuestras actuaciones. Aquí hoy tienen a sus familiares apoyándolos como lo han hecho siempre, y doy gracias a Dios por poder tener entre ustedes a mi esposa e hija mayor acompañándome en esta importante cita.

Por último, para cerrar, quiero pedirles que nunca olvidemos a esta tierra que nos lo ha dado todo. Sé que muchos de ustedes hoy pueden estar pensando en un futuro lejos de aquí. Personalmente me tocó encabezar un grupo financiero que tuvo que abrirse en cinco países para sobrevivir. Hay alrededor de 2 millones de venezolanos fuera. Y según distintos estudios, nuestros expatriados invierten un mínimo de dos horas al día informándose acerca de lo que ocurre en Venezuela. La nuestra es una diáspora que lucha, trabaja, crece, crea e innova en todos los rincones del planeta. Pero tiene su

corazón acá. De modo que, donde estemos, no olvidemos esta tierra buena, pongamos nuestro grano de arena para contribuir a que nuestro país llegue a donde merece estar.

Seamos, en nombre de ella, promotores de la verdad, dejemos huella con nuestras mejores acciones. De modo que salgamos por esa puerta dispuestos a hacer nuestro camino.